

La historia y su repercusión en los procesos de enseñanza - aprendizaje

"La historia es una puta que se va con el que mejor paga"

Tomas Eloy Martínez

¿CRISIS EN LA ENSEÑANZA Y/O EN LOS CONCEPTOS?

Durante años se ha criticado el ejercicio de la enseñanza y aprendizaje de la historia; se cuestiona, por ejemplo, el hecho de que es una enseñanza memorística, una transmisión de saberes carentes de sentido para los estudiantes y que es una exageración el grado enciclopédico de sus programas. Según sus críticos, estas situaciones hacen que ella ofrezca una serie de contenidos pero no permite la construcción de un saber crítico que le aporte al estudiante una visión del pasado histórico que sirva para comprender su propia realidad.

Tal crítica no es una afirmación que se presente por fuera de las aulas, los estudiantes mismos al entrar a clase de historia llegan prevenidos, lo que hace que la materia sea todavía más difícil de trabajar para el docente. No es necesario aquí hacer un análisis de las afirmaciones de los estudiantes para descubrir que, en la mayoría de los casos, la enseñanza de la historia suele estar muy distante del interés de ellos, de su formación, de los principios pe-

dagógicos que lo invitan a asumir una actitud crítica, creativa y cuestionadora. Pero sobre todo está muy lejos de cómo se entiende el problema histórico en la actualidad.

Lo que se trata de plantear aquí es la aclaración de nuevos conceptos y formas de comprender la historia y, consecuentemente, de transformar sus procesos de enseñanza y aprendizaje, de manera que pueda convertirse incluso en una práctica creativa y cuestionadora de los discursos patrios. Obviamente, se parte del supuesto de que la enseñanza de la historia configura los procesos políticos y las mentalidades ideológicas de toda una sociedad, tal y como Topolsky lo ha afirmado: *la educación histórica es una de las bases principales para configurar la conciencia ideológica y política de una sociedad*¹.

El problema es serio, ya que no se trata solamente del cambio de didácticas sino que, en la base de la crisis de la enseñanza de la historia, existe una concepción del saber y del concepto de aquello que se entiende por historia y es

OR: HUBERTO OBANDO

Decano de la Facultad de Educación de la Universidad Minuto de Dios.

cierto que esta base puede ser el eje fundamental de lo que hoy pasa en la escuela. Por ello habrá que problematizar tales conceptos y desde allí capturar una nueva búsqueda.

Ahora bien, dentro de la práctica de los procesos de enseñanza-aprendizaje se requiere necesariamente tomar una opción conceptual o varias al mismo tiempo, pero la alternativa tomada debe ser parte de un proceso integrador y transparen-

tes de enseñanza-aprendizaje de esta disciplina.

UN RASTREO DEL CONCEPTO DE HISTORIA

Historia es un término que ha pasado a la tradición occidental heredada del griego *ιστορία* que significa testigo, el que ve. La tradición ha considerado a Heródoto como el padre de la Historia, y fue él mismo quien utilizó tal término en el sentido de búsqueda, indagación y exposición o recuento de hechos humanos del pasado. Des-

científico, obviamente hoy se le inscribe dentro de las disciplinas de las ciencias sociales y como tal se le caracteriza por tener un objeto de estudio, un campo de trabajo y unas metodologías que permiten obtener unos resultados. Para ello se considera que el objeto de trabajo del historiador es el pasado, que él debe ofrecer una explicación crítica del presente y, en consecuencia, podría considerarse que la enseñanza de la historia tiene que ver con la captación del pasado desde una mirada crítica que le permita entender muchas situaciones de su presente. Ya Ortega y Gasset lo había expresado así: *"Esta es mi fe, éste es mi entusiasmo por la Historia, y me complace vivamente y siempre ha sido para mí un gran fervor español ver que en este lugar se condensa la atención sobre el pasado, se pasa sobre el pasado, que es la manera de hacerlo fecundo, como se pasa sobre la vieja tierra con el arado, y hiriéndola con el surco se la fructifica"*³.

Aquí surge ya una pregunta: ¿La historia es solamente una indagación del pasado? Hay que afirmar que ella misma, a partir de los métodos y de las fuentes utilizadas, se convierte en una lectura, en un sentido que se construye del pasado. Lo cual significa que siempre será una lectura y una significación expuesta bajo el nombre de saber científico social. En consecuencia tal lectura responderá siempre a una situación histórica y a una perspectiva cultural y, desde allí, es posible entender que

A BASE DEL TRABAJO DE WHITE EXISTE LA INTENCIÓN DE DEMOSTRAR LOS DIFUSOS LÍMITES QUE SE PRESENTAN ENTRE EL CAMPO NARRATIVO DE LA FICCIÓN Y EL CAMPO NARRATIVO DEL DISCURSO HISTÓRICO.

te en el cual el estudiante se encuentre y se descubra como hacedor de su existencia, constructor de un saber que adquiere gradualmente, digiere y proyecta dentro de la sociedad, no solamente para darle larga vida y legitimidad a la cultura sino porque entiende que, desde esa lectura de la semiótica cultural, puede enriquecer el patrimonio histórico y dar nuevas luces al desarrollo del hombre. Por ello, el problema fundamental para trabajar es el concepto de aquello que se entiende por historia, de este modo es posible centrar el problema y descubrir el lugar ideológico en el que se inserta la crisis de los pro-

de tal tradición y a partir del ejercicio escritural de Heródoto se ha entendido la palabra historia como sucesos de un tiempo pasado y como una indagación de los hechos realizados por el hombre. Dentro de las definiciones clásicas pueden considerarse también las siguientes: Raymon Aron la considera *"ciencia del pasado humano"*; H.I. Marrou la ha definido como *"la historia es el conocimiento del pasado humano"*; Marc Bloch piensa que es *"ciencia de los hombres en el tiempo"*².

Estas definiciones situaron las indagaciones de la historia dentro del problema del conocimiento

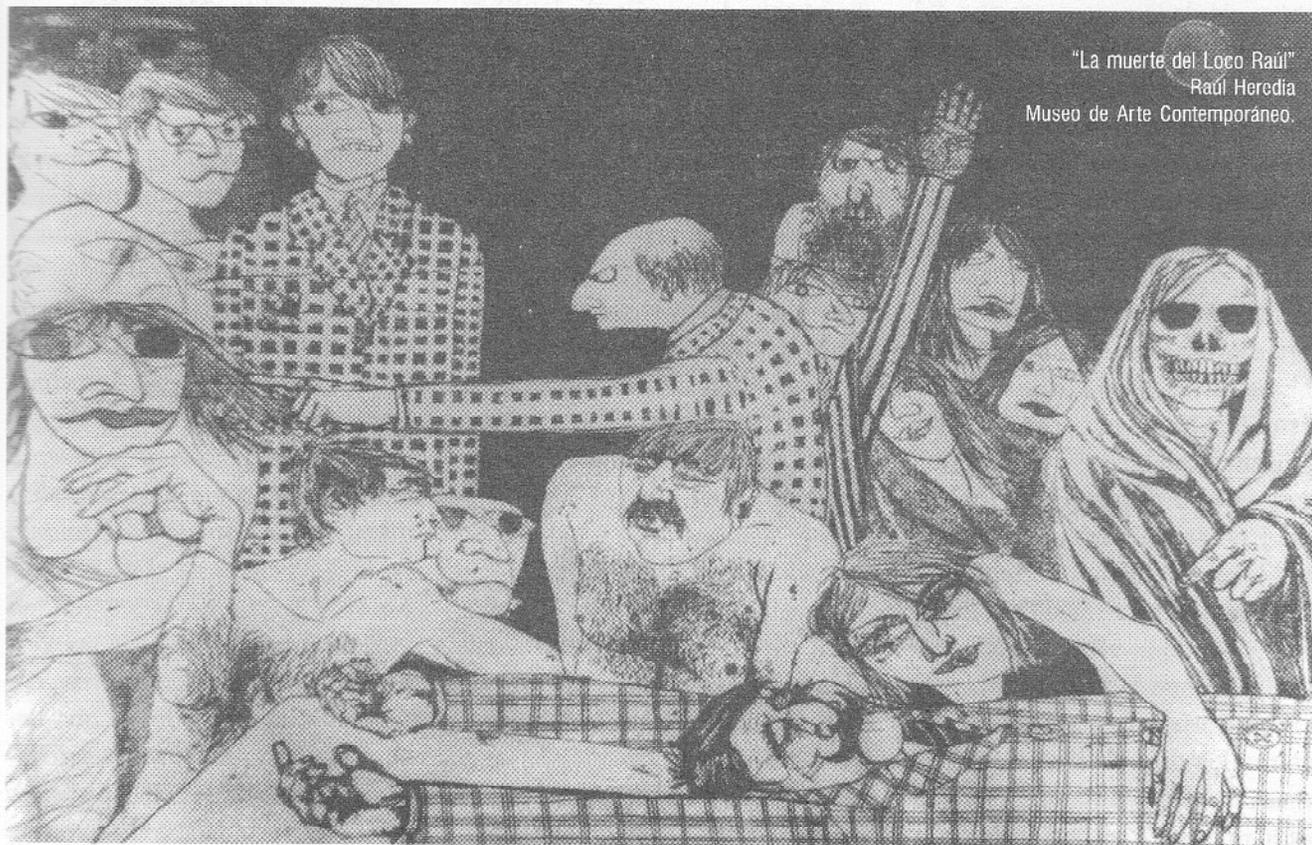
cada época y cada cultura tengan un estilo de concebir y trabajar el ejercicio de la historia. Estilo que intenta responder a las necesidades sociales y que casi siempre ha sido utilizado para favorecer las clases dirigentes y mantener la credibilidad en las instituciones y en sus héroes legendarios.

Es de anotar que en los últimos 50 años las afirmaciones respecto de la historia han sido tan delicadas y controvertidas como en ninguna época; por esta razón, se han abandonado los cánones clásicos para ahondar en otros problemas y pactar líneas de trabajo con disciplinas como la literatura, la sociología y la psicología. Tales aproximaciones pretenden aportar al saber histórico y sobre todo superar la unilateralidad política

o económica, desde donde siempre se ha visto la problemática del pasado humano. Desde esta perspectiva se ha presentado una invitación a mantener una constante relación y comunicación entre las disciplinas que se ocupan de las actividades humanas y se ha observado un trabajo histórico que tiene que ver con estudios, aparentemente tan disímiles, como el de ritos y creencias, la significación de las fiestas, la carnalización en la novelística. O el trabajo que la etnohistoria puede hacer sobre cuentos y leyendas históricas o la reconstrucción de la vida cotidiana de un período determinado, a partir de una novela. Es más, se han realizado trabajos en torno a la historia de las religiones, historia del poder, de los sistemas políticos, del desa-

rollo urbano, de la alimentación, de la locura, de la sexualidad, de la familia y de la infancia. Incluso se han dado historias del pudor, como son los estudios de Jean Caude Bologne que pretende demostrar que el pudor es una sábana corta que al cubrir una parte suele descubrir otra, investigación circular del pudor que lleva a afirmar que lo que ruboriza a una sociedad puede ser la más normal de las costumbres dentro de otra⁴.

Pero, sin ninguna duda que una de las mayores revoluciones en el campo de la aproximación histórica fue la que dio Hayden White en sus dos textos: *El contenido de la forma* y en *Metahistoria: la imaginación histórica en la Eu-*



"La muerte del Loco Raúl"
Raúl Heredia
Museo de Arte Contemporáneo.

ropa del siglo XIX; en ellos postula la percepción del discurso histórico como un trabajo muy cercano al de los narradores, de hecho se encarga de demostrar que en la base de la forma desde la cual los historiadores han escrito hay una propuesta política y logra, haciendo un análisis de la estructura profunda del discurso histórico, demostrar que éste es siempre una estructura verbal en forma de discurso narrativo que explica los acontecimientos pretéritos, mediante su representación. La profundización de su estudio lleva incluso a determinar tres elementos siempre presentes en el discurso histórico: los datos, el entramado teórico que sirve como dispositivo *explicativo* de tales datos y el *tejido* narrativo, como eje de la representación del conjunto de datos de los eventos del pasado. White plantea la presentación de un cuarto elemento considerado como un contenido estructural profundo de naturaleza poética y lingüística que él mismo ha dado en llamar *metahistórico*. Con el análisis del recorrido del pensamiento histórico europeo del siglo XIX y la posibilidad de desnudar el vínculo poético entre el discurso histórico y el ficcional, logra develar el proceso de invención y creación que subyace tanto en la labor del historiador como en el trabajo del escritor de ficción.⁵

Obviamente en la base del trabajo de White existe la intención de demostrar los difusos límites que se presentan entre el campo narrativo de la ficción y el campo narrati-

vo del discurso histórico. Lo que ha llevado a replantear toda la base epistémica de la disciplina histórica y a postular otras maneras de ejercerla. Entre ellos el subgénero más cercano al hacer narrativo ficcional ha sido el de la *microhistoria*, entendida como el esfuerzo por reconstruir la vida cotidiana de un pueblo, reconstrucción elaborada sin archivos y sin acudir a los personajes ilustres y legitimados como héroes, se trata de hacer una historia desde la periferia, desde la vida anónima de los pueblos que poco tiene que ver con la historia oficial. Es una historia que se apoya en los *relatos de vida* y estos oscilan entre la literatura, el recuerdo, la biografía contada en primera persona y la novelización de los hechos.

Todo este desarrollo de la disciplina histórica debe influir necesariamente dentro de los procesos de enseñanza-aprendizaje de la historia; es más, el problema ha de ser planteado en términos más amplios, de suerte que se comprendiera la problemática de la historia y de su enseñanza como una realidad inscrita en una ruptura epistémica y tal vez en una nueva manera de captar las relaciones del hombre consigo mismo y con su saber.

HISTORIA Y CRISIS DE LA MODERNIDAD

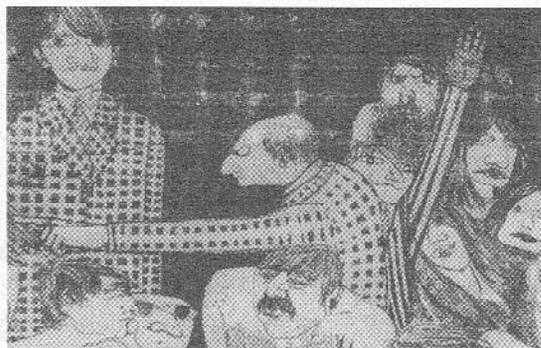
Para estudiar con mayor rigurosidad el problema del sentido de la construcción histórica, es conveniente situarlo en relación con lo que se ha dado en llamar *postmodernidad*. De hecho algunos fi-

lósofos, entre ellos Gianni Vattimo, se atreven a fundamentar la crisis de la razón en Occidente como el inicio de una nueva mentalidad frente a la historia, mentalidad que ha abolido el concepto de historia como proceso unitario que asciende en la búsqueda del sentido y la realización humana: *Y bien, la modernidad, en la hipótesis que propongo, termina cuando —por múltiples razones— ya no es posible hablar de historia, como de algo unitario. Una visión de esta naturaleza de la historia, en efecto, implicaba la existencia de un centro alrededor del cual se recojan y se ordenen los eventos*⁶.

Incluso algunos estudiosos de la historia, entre ellos Erich Kähler, han considerado en las últimas décadas que el problema del sentido histórico desde su concepción de modelo unitario y específicamente enfocado a partir del concepto de progreso no solamente ofrecía un marco espiritual que daba apoyo, guiaba, orientaba al hombre de la modernidad, sino que este principio sustentaba la visión futurista de la especie humana que se consideraba en constante vía ascendente; esto debido a que: *El desarrollo del concepto de historia refleja el desenvolvimiento de la conciencia humana, de la conciencia de sí en el hombre*⁷.

Idea de progreso que fue creciendo paulatinamente hasta que llegó a la pluma de Hegel y se convirtió en uno de los ejes centrales de la Modernidad, dado que este

filósofo amoldó el conocimiento de su época a su construcción sistemático-conceptual, que hacía que su visión de la conciencia histórica se convirtiera en una *filosofía de la historia*, donde combinó lo geográfico con lo temporal,



la cultura y los procesos evolutivos como una carrera hacia donde se dirigía el hombre. No en vano se suele decir que el centro de su pensamiento no fue la humanidad sino que tomó el concepto de Espíritu secularizado de la antigüedad y lo transformó en la razón moderna.

Hay que plantear rápidamente que, para formular su filosofía de la historia Hegel distinguió cuatro períodos, identificados con los lugares geográficos donde se movieron las civilizaciones más reconocidas: los mundos oriental, griego, romano y germano. Dentro de su teoría, en un nivel más abstracto, se encuentra el hombre como el portador del Espíritu (Razón) del Universo, que ha ido progresando en tres etapas: Espíritu subjetivo, Espíritu Objetivo, Espíritu (o razón) Absoluto. Es decir que el curso del Espíritu o Razón progresa de la conciencia ordinaria, psicológica, del individuo a la conciencia general, social, de la comunidad y, en último término, a la conciencia absoluta, filosófica o autoconciencia de la razón.

Así, para Hegel la etapa de la conciencia general es la etapa final del proceso evolutivo. Este proceso

que todo lo envolvía significó el inicio de la plena dinamización de la realidad y la apoteosis del progreso⁸. Esta idea de progreso se desarrolló hasta llegar a significar el mejoramiento moral y social del hombre y de la humanidad, por medio de un amplio y profundo conocimiento, lo mismo que mediante las mejoras de vida en los órdenes económico, social y tecnológico.

Tal idea de progreso, que había sustentado los ideales del hombre de la modernidad, fue resquebrajándose en la medida en que ella no entroncaba con las nuevas realidades de este siglo, tales como las guerras mundiales, los procesos degenerativos de las tecnologías militares, la pobreza de los países tercermundistas y la pérdida de fe en la ciencia y en el conocimiento humano; de manera que fue desapareciendo la idea humanitaria de progreso y el concepto hegeliano de la realidad, que se mantiene en una dialéctica ascendente, llegó a ser considerado como lo que en realidad era, sólo un concepto, un sistema filosófico.

Esta percepción ha sido muy bien presentada por el historiador Kahler como el inicio de toda una

NO EN VANO SE
SUELE DECIR QUE
EL CENTRO DE SU
PENSAMIENTO NO
FUE LA
HUMANIDAD ...

nueva mentalidad a-histórica que no sólo define al hombre del siglo XX sino que también se expresa de múltiples maneras en de diversos medios, como son incluso los de la comunicación social y las artes. Aunque para este autor tal situación de pérdida de fe en el concepto de progreso y en esa mentalidad que sostenía que el hombre camina en un constante presente, es una involución respecto del principio histórico: *El mismo sesgo mental antihistórico —o mejor sería a-histórico— puede observarse por doquier en nuestras vidas... El deterioro de la perspectiva en la pintura moderna se presenta como un símbolo de la perspectiva histórica en la existencia diaria y en los sentimientos vitales de la gente. La humanidad, en su etapa técnicamente más avanzada, parece haber retornado a una condición un tanto más parecida a su estado primitivo. Se patina sobre la superficie del presente, y la conciencia histórica, viva sólo en la mente individual, se ha disuelto generalmente en el anónimo y la impersonalidad de la conciencia colectiva de las instituciones⁹.*

Desde una orientación mucho más filosófica, ha manifestado Popper

que por historia sólo se ha vendido la idea de historia política, pero no se ha mostrado la historia de la humanidad, que en caso de ser narrada consistiría en la presentación de la historia de todos los hombres, de todas sus esperanzas y sufrimientos, cosa que no es posible: ... *se habla de historia de la humanidad, pero lo que se quiere decir, y lo que se ha aprendido en la escuela, es la historia del poder político. No hay historia de la humanidad, sólo un número indefinido de historias de toda suerte de aspectos de la vida humana. Y una de éstas es la historia del poder político. Esta se eleva a historia del mundo. Pero sostengo que esta es una ofensa a cualquier concepción decente de la humanidad... ¿no hay, en realidad, tal cosa, una historia universal en el sentido de una historia concreta del género humano? No puede haberla. Esta debe ser la réplica de todo humanitario, creo yo... Una historia concreta de la humanidad, en caso de haberla, tendría que ser la historia de todos los hombres*¹⁰.

Lo que se ha pretendido mostrar hasta el momento es que también dentro del concepto de historia se hace necesario un replanteamiento que muestre no sólo la historia política de la humanidad, la historia de los vencedores y de los principios ideológicos que salieron victoriosos, sino también la necesidad de postular el principio de microhistoria, que tenga en cuenta las singularidades, las características particulares de cada cultura: *Spengler ha mostrado que la historia se desmenuza en partes incoherentes, culturas distintas que se elevan y decaen como cualquier ser orgánico, y que al ascender y desplomarse, pasan por etapas definitivas, comunes a todas ellas y por lo tanto explorables y predecibles como las regularidades físicas... Cada una de estas historias descoyuntadas tiene un mundo propio: no sólo se desarrolla en un medio natural particular sino que refleja su mundo interno y externo en actitudes y respuestas particulares, costumbres y maneras de ver las cosas, estilos de artes y ciencias*¹¹.



"Uno de los ocultos"
Museo de Arte Contemporáneo

De manera que, si se da por hecho, la caída de las grandes explicaciones de sentido, tanto en las que fundamentan el concepto de historia como progreso, lo mismo que en aquellas otras que posibilitan tratados historiográficos tradicionales, entonces se obliga a la sociedad a generar nuevas alternativas para la legitimación del discurso histórico, y de lo que ha considerado hechos verdaderos y trascendentales para la cultura universal. Así pues, es necesario fundamentar lo que Jean-Francois Lyotard ha dado en llamar microrrelatos y que muestra la capacidad de una sociedad para considerar que no existe una verdad única, capaz de aglutinar la realidad en su amplio mundo. Lo afirmado anteriormente no es otra cosa distinta a lo que Vattimo ha reiterado: *Se llega a disolver la idea de historia como curso único; no hay una historia única, existen imágenes del pasado, y es ilusorio pensar que exista un punto de vista supremo, comprensivo, capaz de unificar a todos los otros*¹². En relación con el hecho de la crisis de la historia, afirma el filósofo italiano que se ha dado al mismo tiempo una pluralización frente a los conceptos unívocos, a la verdad, y a lo que para cada cultura puede ser legitimado como tal.

Toda esta situación ha hecho que la disciplina histórica, como hasta ahora se había estudiado, se vea en la necesidad de explorar nuevas opciones para legitimar el pasado, y tenga que buscar venas epistémicas que actualicen la memoria histórica de los pueblos. Este proceso de búsqueda alternativo puede establecerse a través de nuevas fronteras, desde las cuales el saber historiográfico tradicional pueda ser relativizado, incluso se ha de tener en cuenta aquellos discursos que la han situado como un dispositivo, que manifiesta a plenitud la *red de relaciones de fuerza*, y que Michael Foucault ha dado en llamar *poder*. No en vano, este filósofo postestructuralista ha intentado demostrar que la práctica ritual historiográfica y el sentido desde el cual se elabora el discurso, han estado emparentados con el poder: *Me parece que el discurso de lo histórico puede ser entendido como una especie de ceremonia, hablada o escrita, que debe producir en la realidad una justificación y un reforzamiento del poder*

*existente. En suma, tengo la impresión de que desde los primeros analistas romanos hasta el medioevo avanzado y directamente hasta después del siglo XVII, la función tradicional de la historia fue la de enunciar el derecho del poder y de intensificar su esplendor*¹³.

Sin embargo, el problema de la historia es todavía más hondo, ha quedado claro que desde Heródoto la historia tradicional estaba convencida de que se dedicaba a transcribir acontecimientos del pasado y que su grado de legitimidad consistía en la correspondencia de lo narrado con lo acontecido, pero esta legitimidad ha quedado cuestionada en los últimos años no solamente por White sino también por Roland Barthes, quien mostró en *El susurro del lenguaje*, que el historiador recoge más significantes que hechos; *en otros términos, en la historia objetiva, la realidad no es nunca otra cosa que un significado informulado, protegido tras la omnipotencia aparente del referente*¹⁴. Podría concluirse entonces que, tanto la historiografía como cualquier otro tipo de narración, es una construcción simbólica producida con el lenguaje, modalización que se aparta siempre de la realidad y que no puede tener allí su único grado de legitimidad. Incluso termina afirmando: *El discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica, o para ser más precisos, imaginario, si entendemos por imaginario el lenguaje gracias al cual el enunciante de un discurso (entidad públicamente lingüística) "rellena" el sujeto de la enunciación (entidad psicológica o ideológica)*¹⁵.

Con este nuevo tipo de reflexión, en torno al problema de la historia, se ha llegado a considerar que no es necesario que la narrativa histórica derroche el uso de sus formas, pretendiendo justificar conceptos históricos como el de progreso o, transformándose en mimesis de la realidad pretérita a través de la exactitud en el tiempo y en el espacio, para poder adquirir estatus de verosimilitud y de credibilidad. Puesto que, si antes se buscaba que la historiografía tuviese en cuenta el imaginario colectivo para adquirir mayor legitimación hoy se puede, sin temor a la injustificación conceptual, afirmar que lo históri-

co es imaginario, que las formas narrativas usadas por los historiadores contienen los mismos mecanismos tropológicos y poéticos que las manejadas en la estética ficcional y novelística.

Esta problemática hace pensar en la necesidad de situar una nueva manera de legitimar el saber histórico y, por supuesto, de enseñarlo. La exploración de las sendas de la literatura, y de los problemas que se han considerado como fundamentales para la comprensión del fenómeno histórico podrían convertirse en los ejes que legitimen una nueva propuesta de desarrollo de los procesos de enseñanza y aprendizaje de la historia. Por ello es conveniente presentar algunas premisas que permitan descubrir lo que ha significado la narrativa latinoamericana para el ejercicio historiográfico.

En este momento, se puede afirmar que uno de los elementos centrales de la crisis de la Modernidad es la crisis de la historia, básicamente de su principio de progreso, de crecimiento humano. Dado que la Modernidad se consolidó con la imagen del hombre que no solamente poseía la capacidad de saber, era sujeto de conocimiento y crecía, paulatinamente, en su desarrollo cognitivo sino que también postulaba que el principio de libertad, inherente a su condición humana, evolucionaba vertiginosamente hacia un desarrollo. En consecuencia, la Modernidad se presentó siempre como un proyecto que buscaba la unión entre razón y libertad. De la misma manera que, en el desarrollo de estos principios, la evolución conceptual de la historiografía permitió creer que la historia estaba dirigida hacia una meta de desarrollo superior, que ella estaba siempre en ascenso, en evolución y en progreso.

Se puede incluso sostener que una de las vertientes fundamentales de la crisis de la Modernidad consiste en que el hombre contemporáneo no cree hoy en la realización de la razón en la historia, tal como lo había postulado Hegel. Es más, el hombre de la Postmodernidad no considera que el universo esté teleológicamente encaminado hacia un fin, de manera que existe en la conciencia de la colectividad postmoderna una pérdida de fe en el progreso, en lo

nuevo, en la utopía como posibilidad de crítica. Puede concluirse que, uno de los mensajes centrales de la Postmodernidad es la pérdida del futuro como re-dención y, en cambio, la afirmación del eterno presente. Y que paralela a la crisis del concepto de *historia como progreso*, se encuentra la crisis de la historiografía tradicional, que desde Cicerón se consideraba como, *testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad*¹⁶. Crisis que ha permitido no solamente descubrir la historiografía tradicional como un dispositivo al servicio del poder (tal como lo afirma Foucault) y que tiene como finalidad la legitimación de los estados, de los gobiernos, de las instituciones y de una casta privilegiada, al tiempo que pretende la inclusión del individuo en la mentalidad de una memoria histórica, sino que también se ha demostrado (Barthes y White) que las relaciones entre narrativa histórica y narrativa ficcional son demasiado cercanas, al punto de que ambas utilizan los mismos artefactos retóricos, los mismos mecanismos de modalización y los mismos tropos lingüísticos.

NARRATIVA LATINOAMERICANA Y USURPACIÓN DEL DISCURSO HISTÓRICO

Los planteamientos expuestos anteriormente colocan en entredicho el concepto de verdad y objetividad histórica, y han puesto a la historiografía en una crisis epistemológica que hace parte de la gran crisis en la que se encuentra sumida la racionalidad occidental. Pero, ante tal situación, la *Nueva novela Histórica de América Latina* ha permitido incorporar a la narrativa historiográfica una visión crítica, en algunos casos irónica, respecto de las historias patrias y del concepto de objetividad que ellas promulgaban. Esta realidad se recoge significativamente en *La novela de Perón* a través de una sola frase: *La historia es una puta que se va con el que mejor paga*. Esta nueva lectura de la historia se muestra más auténtica, más amplia en visiones, más polisémica, que la historiografía que se jactaba de ser la objetivación verosímil del pasado.

La Nueva Novela Histórica llega incluso a propiciar una visión antropológica más amplia, pues ella in-



LA NUEVA NOVELA HISTÓRICA DE AMÉRICA LATINA HA PERMITIDO INCORPORAR A LA NARRATIVA HISTORIOGRÁFICA UNA VISIÓN CRÍTICA, EN ALGUNOS CASOS IRÓNICA, RESPECTO DE LAS HISTORIAS PATRIAS Y DEL CONCEPTO DE OBJETIVIDAD QUE ELAS PROMULGABAN.

terpreta con mayor soltura y dimensión estética los mitos, los símbolos y la riqueza etnocultural del hombre latinoamericano. No en vano, por ejemplo, *Daimon*, del novelista argentino Abel Posse, se gasta de manera exuberante en la presentación histórica del hombre del continente suramericano, contando su historia casi desde el momento del descubrimiento hasta nuestros días, incluso haciendo gala de un conocimiento de la mitología americana, que ofrece múltiples elementos para actualizar la experiencia simbólica en la que se enraíza.

Tal vez en este contexto, es donde la frase de Carlos Fuentes adquiere total sentido: *El arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El arte rechaza la verdad de las mentiras de la historia*¹⁷. En la Nueva Novela Histórica se cuenta, pues, la historia olvidada, tormentosa, negada, silenciada, esos recuerdos son ahora evocados con fuerza e ímpetu, al punto que se imponen sobre los tratados historiográficos que sólo cuentan la mínima parte del macromundo americano, que es la historia política.

Y es que La Nueva Novela Histórica es ante todo una lectura deslegitimadora que se niega a contar el pasado desde una mirada acrítica, que desea bordear no solamente los límites sino afirmar que el pasado ha sido negado, olvidado. Por ello Fernando del Paso

ha podido afirmar que el ejercicio del escritor de novelas históricas consiste en ser restaurador de olvidadas vidas, de alejados procesos; por ello no teme en afirmar que su labor ha de ser dirigida hacia las arcas del pasado para usurparlo, para *asaltar la historia oficial*.

Porque pretende asaltar la historia institucionalizada, el escritor latinoamericano presenta en su estructura novelística un uso polisémico y problematizador del discurso tradicional. Así pues, por ejemplo, en *La novela de Perón*, Tomás Eloy Martínez goza al presentar al mismo tiempo, por lo menos tres versiones o escrituras distintas que se complementan y en ocasiones se niegan, para construir a partir de una novela lo que él mismo ha dado en llamar *la batalla de las versiones narrativas*.

Con una perspectiva semejante, en *Noticias del imperio*, Fernando del Paso, goza al presentar la historia del emperador mexicano Maximiliano y su esposa Carlota desde múltiples focos, desde la racionalidad típica y desde la locura que habita a Carlota, desde el personaje anónimo y desde la voz del protagonista oficial de los hechos. Múltiples batallas narrativas, múltiples voces, que a veces se exhiben y en ocasiones se autocensuran, se entrelazan para mostrar la posibilidad de una historia más

amplia, la necesidad de recuperar a través de la ficción, la complejidad del hecho histórico, o por lo menos la necesidad de poetizar la historia.

Ante la crisis del concepto de historia como progreso y la incapacidad que posee la historiografía para comunicar críticamente el valor de los hechos, en América Latina la novela ha empezado a desarrollar una renovación con lo que se ha dado en llamar *Nueva Novela Histórica*. Y es que la novela en sí misma puede superar la dimensión maniquea que sólo percibe las cosas como buenas o malas puesto que la literatura, como artefacto y juego verbal y formal, permite las contradicciones, las múltiples visiones de mundo, el dialogismo de los individuos y de las culturas.

De tal manera que si Occidente se encuentra en crisis y no puede creer en el metarrelato de la historia como progreso, como redención, como teleológicamente dirigida hacia un alto grado de perfección, la literatura de *La Nueva Novela Histórica* puede proponer las múltiples visiones, el respeto a las culturas, a los individuos y a las maneras distintas de percibir el mundo. Fuentes ha presentado esta manera de ver la nueva novela histórica: *La incredulidad hacia las metanarrativas puede ser sustituida por la credulidad hacia las polinarrativas que nos hablan de proyectos de liberación múltiples, no sólo occidentales. El occidente de la acedia y la incredulidad, puede recibir, desde su otra mitad indoafro-iberoamericana, un mensaje que tanto Baudrillard como Lyotard quizás aceptarían: el de activar las diferencias (Lyotard). Las novelas históricas de Posse, Cáparros, Del Paso, García Márquez, Ibarquengoitia, y otros autores contemporáneos nuestros, cumplen ejemplarmente esta función. Son una forma de vigilar históricamente la continuidad cultural del continente*¹⁸.

Muy seguramente, *La Nueva Novela Histórica* lo que hace con su manera de poetizar la historia es precisamente darle continuidad y vida al proyecto cultural de nuestro continente, de una manera nueva, alterna, usurpando el lugar que le correspondería a la agotada historiografía. Pero, sobre todo, lo

que pretende la nueva narrativa histórica es decir que la historia no ha muerto, que el tiempo pretérito está en el presente, en el eterno presente, pero que necesita ser reinventada, reescrita, revalorada, reidentificada y, por supuesto, releída; sin importar que el turno le corresponda a la creatividad, al ejercicio de la imaginación. Al respecto, Fuentes ha sintetizado tal proyecto con bastante fuerza ... *yo veo una afirmación del poder de la ficción para decir algo que pocos historiadores son capaces de formular: el pasado no ha concluido; el pasado tiene que ser re-inventado a cada momento, para que no se nos fosilice entre las manos*¹⁹. Y, muy seguramente, una propuesta de transformación de los procesos de enseñanza y aprendizaje de la historia debería contener un apoyo desde la literatura y desde este subgénero; de modo, que fuera capaz de superar las prácticas acrílicas y rutinarias, para convertirlas en prácticas discursivas con un alto nivel problematizador en torno a la sistematización de los hechos humanos, con un sentido más amplio de esos acontecimientos, sentido que le permitiría al estudiante escribir su propia historia y ser consciente de las ideologías que legitiman las voces tradicionales o las nuevas versiones de pasado. _____

BIBLIOGRAFÍA.

- ¹ TOPOLSKY, J. *Metodología de la historia*, Editorial Catedra, Madrid, 1982, pág. 519
- ² Cfr. RAMA, C.M. *Teoría de la historia*, Editorial Tecnos. 1968, Madrid, Págs.54-56.
- ³ ORTEGA Y GASSET. *La historia como sistema*, en Revista de Occidente, 1962, Madrid, Págs.38-46
- ⁴ Cfr. AINSA, F. *Novela histórica y relativización del saber historiográfico*, en Revista Casa de las Américas. Págs. 9-18.
- ⁵ Cfr. WHITE, H. *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, F.C.E., 1992, págs. 23-68.
- ⁶ GIANNI VATTIMO. "Postmodernidad: ¿una sociedad transparente?" En Debate sobre modernidad y postmodernidad, (Editores unidos nariz del Diablo, Quito, 1991.) pág. 148
- ⁷ ERICH KAHLER. *Qué es la historia?*, (México, F.C.E., 1992,) pág.27
- ⁸ Cfr. KAHLER, op.cit., págs.158-159
- ⁹ KAHLER, op.cit., pág.176
- ¹⁰ KARL POPPER. Citado por Kahler, op.cit., págs. 187-188
- ¹¹ KAHLER, op.cit., págs. 209-210
- ¹² VATTIMO, op.cit., pág.149
- ¹³ MICHAEL FOUCAULT. *Genealogía del racismo*, (Buenos Aires, 1992) págs. 51-52
- ¹⁴ ROLAND BARTHES. *El susurro del lenguaje*, (Editorial Lumen, Barcelona, 1984), pág.175
- ¹⁵ BARTHES op.cit., pág.174
- ¹⁶ CICERON. *De la oratoria*, Lib.2
- ¹⁷ CARLOS FUENTES. *Cervantes o la crítica de la lectura*. (México, 1976) pág.82.
- ¹⁸ CARLOS FUENTES. *Valiente mundo nuevo* (Madrid, Editorial Mondadori, 1990) pág.25
- ¹⁹ FUENTES. op.cit., pág.24